

Introducción

Los ojos de la luz es un libro de sonetos concebido en tres partes. Cada una de ellas son pinceladas de belleza; un intento de lograr que el lector se detenga, sienta y piense: ¡qué hermosa es la vida y la naturaleza que la hace posible!, ¡qué fabuloso e increíble sería respetar el planeta y la materia que nos rodea! No sé si conseguiré, con mi trabajo, algo de esta maravillosa pretensión, pero lo que sí alcanzo a entender es que todos los que compartimos esta conciencia somos los encargados de cambiar la actitud en los demás, para que adquieran el mismo compromiso, e intentar, así, hacer posible esa UTOPIA. También sé que se trata de una verdadera UTOPIA, pues estamos hablando nada más y nada menos que de la Naturaleza del Ser Humano, naturaleza que pretende, erróneamente, la sabiduría sin DIOS; aunque, si os soy sincero, merece la pena intentarlo. Hay muchas personas con un espíritu limpio y claro.

He aquí las partes de que se compone el libro:

La primera parte, «**Cáscara y Miel**», comprende una serie de poemas que quieren atrapar el entorno

de nuestro planeta: el agua, el fuego, el árbol, la lluvia, la tierra, etc.

Cuando nos olvidamos de lo que debería ser nuestra única meta, cuidar el planeta que Dios nos dio para vivir, entonces y sólo entonces comienza nuestra verdadera tragedia: nos creemos «Diosecillos», aunque lo que seamos, en realidad, sea «Diablillos», y empiece la obra «del pensamiento»: enormes ciudades fruto de la ambición de unos cuantos, empresas creadas sólo para explotar el miedo de los demás, negocios que no respetan la vida del planeta, ni la de sus propios hijos, etc.

La segunda parte, «**El Mundo a sus Pies**», recoge en sus poemas unos cuantos instrumentos, en este caso pertenecientes al escritor, que haciéndolos objetos de abstracción servirían para hablar de cualquier otro oficio, pues toda la Actividad del ser humano es una búsqueda constante por encontrar a Dios. La escultura, la literatura, la pintura, la música, la cocina, la limpieza, la albañilería, etc., son todas lo mismo: un intento de descubrir y aclarar el misterio, de saber qué cosa es la vida, qué hacemos aquí, y en consecuencia todos nuestros esfuerzos, todo nuestro mundo tiene que ver con el Arte, se relaciona con el espíritu, con ese espíritu de luz que viene del inmenso amor de DIOS.

En la tercera parte, «**Almendra y Flor**», se resalta el mundo de los objetos cotidianos, de nuestra casa; ese mundo íntimo que tanto habla de nosotros. Pretendo que reflexionemos, por un instante, sobre esa absurda carrera hacia las garras del consumo desenfrenado, que atenta contra todos los valores de nuestra Alma y de nuestra organización social.

Los objetos son más bellos cuanto más vida nos recuerden, más anécdotas contengan: la vasija heredada, los pendientes regalados, etc. ¿Qué belleza puede tener el consumo desmedido, consumir por consumir? Esa manera de vivir atenta contra la finitud de la materia, atenta contra todo amor hacia las diferentes formas y contenidos en los que se muestra el átomo a la hora de presentarse ante nosotros (el Universo: lo uno, el átomo, en lo diverso). A esa forma de entender la relación con el mundo, sólo le acarrea la tristeza de un vacío absurdo, más y más grande, cuanto más nos aleja de las cosas que nos traen, que nos muestran trozos de vida: recuerdos insustituibles, días de gozo, anécdotas con gestos y caras de personas queridas.

El Arte es un estado de conciencia, y no hay conocimiento más bello y culto que el amor a la vida, ese sentimiento nos hace crecer en todos los órdenes, haciendo de nosotros seres más inteligentes, sensibles, fuertes de mente y dispuestos a seguir los caminos de la luz que nos guía.

Sólo creo, siento y pienso que todos somos hijos de Dios. Él nos ha dado LA TIERRA, ese planeta que gira y se desplaza, que está en hermoso equilibrio, flotando sin chocar en el espacio. Cada día cuando, al despertar, descubro que sigo vivo, no dejo de dar gracias y de quedarme impresionado por ese invisible magnetismo, tan emocionante y preciso.